

Abandono y recomposición más allá de los paisajes capitalocénicos

Violeta Cabello, Basque Centre for Climate Change

Eduardo Serrano, Universidad de Málaga

Preprint de un capítulo del libro G. Gatti e I. Rubio-Mengual (eds.), 2024. Contar el abandono. Paisajes de un mundo en ruinas, Bellaterra Edicions, Manresa.

1. Introducción

Este texto responde a una invitación a pensar la idea de abandono a la escala de paisajes, desde una perspectiva geográfica y socioecológica y a través de la laguna del Mar Menor como paisaje de abandono. El *paisaje* es el objeto de estudio básico de la geografía. En general, se entiende por paisaje cualquier área de la superficie terrestre producto de la interacción de los diferentes factores presentes en ella y que tiene un reflejo visual en el espacio. Paisaje es el espacio geográfico en relación con el observador. Tiene, por tanto, un componente *estético* intrínseco; es aquello del espacio y del tiempo que se puede observar y describir (Farinelli, 2013:176).

Junto con el paisaje, el otro objeto de estudio geográfico por excelencia es el *territorio*. Al igual que el paisaje, el territorio es la composición entre un medio físico y una población. Sin embargo, el territorio no implica a un agente observador. Además, los referentes conceptuales del territorio son más amplios, integrando referencias de una variedad de disciplinas, como la etología, la ecología o la urbanística, entre otras (Serrano, 2006). Con Deleuze y Guattari (1994), entendemos el territorio como conjunto de capas o estratos que se van componiendo a medida que se crean vínculos entre sus componentes. No se trata de una metáfora, son estratos y relaciones materiales, sociales y simbólicas, similares a los que, como muestra Alfredo González Ruibal (2024), la arqueología explora en su actividad de des-ensamblaje de objetos y re-ensamblaje de la historia. Así, el territorio humano actual abarcaría desde el estrato geológico hasta el ciberespacio, desde las instituciones hasta la subjetividad colectiva y sus correspondientes imaginarios.

El territorio se expande por *arriba*, pues somos subsidiarios de agentes económicos –empresas, sector financiero– y de gobiernos. Y también se expande y transforma por *abajo*, en los medios físicos que habitamos, explotamos, consumimos o gobernamos, allí donde se materializan las relaciones y los procesos inducidos o impuestos desde *arriba*, conformando el paisaje como aquello visible del territorio.

A lo largo del texto navegamos el Mar Menor explorando su extraordinaria capacidad para ser afectado, en tanto que porción de *territorio (invisible) abandonado*, y para afectar, en tanto que *paisaje (visible) de abandono*. Como brújula usaremos una hipótesis general: que lo que acontece en este lugar y momento es la encrucijada de cuatro vectores de cambio que tienen a lo *no humano* como sujeto central. El primer vector son las profundas transformaciones inducidas en los territorios puestos al servicio de la producción en una lógica de plantación (Haraway y Tsing, 2019) que genera sistemáticamente abandono de todo lo no traducible a valor de mercado, especialmente de lo no humano. El segundo vector viene de las consecuencias de ese abandono cuando se hace visible y nos afecta de vuelta generando situaciones extremadamente complejas y quizás, discutiremos, revolucionarias. Este vector no puede entenderse sin el tercero, que es más amplio, contextual; podríamos llamarlo Gaia con Latour (2017), sympoiesis con Haraway (2017) o subjetividad posthumana con Braidotti (2019). Usaremos el término Gaia¹ para aplicarlo a la idea de sujetos más-que-humanos que emergen en un cambio de época en lo que se refiere a nuestra relación con el planeta. Finalmente, un cuarto vector tiene que ver con los saberes, con las formas de aproximarnos a estos sujetos complejos que nos interpelan de maneras que las herramientas científicas convencionales son incapaces de desentrañar.

¹ El término original es debido a James Lovelock y Lynn Margulis (1969) para nombrar la delgada capa terrestre donde la vida ha surgido, comportándose como un sistema autorregulado.

2. La historia del Mar Menor en dos cartografías

Comenzamos con una breve historia de las transformaciones que se han dado en el territorio del Mar Menor desde la reorientación de los modelos productivos a partir en los años 60 hasta la reciente crisis ecológica en la laguna². El Mar Menor es una laguna costera de 135 km² en la costa de Murcia (Sureste de España). Su particularidad geográfica es que se encuentra dentro en una cuenca hidrográfica cerrada, llamada Campo de Cartagena, de la que es última receptora de todas las aguas fluyentes que hacen de vehículo conector entre la tierra y el ecosistema lagunar. Además, se encuentra separada del Mediterráneo por una barra de arena altamente urbanizada llamada La Manga y cuenta con tres pequeñas conexiones e intercambios de agua con ese «Mar Mayor». Su condición de semi aislamiento hizo de la laguna un ecosistema peculiar altamente biodiverso (León et al., 2016).

La historia del territorio Mar Menor es un viaje de ida y vuelta entre las dos cartografías engañosamente contrapuestas en la Figura 1. Parte de relatos de infancia entre dunas blancas, balnearios de madera que se adentraban hacia aguas cristalinas llenas de vidas, allá por los años 60 o 70 (cartografía de afectos a la derecha). También hay relatos de familias agricultoras en cuyas fincas combinaban vegetales y animales para abastecer de alimento todo el año en una zona con escasos recursos hídricos. Estos paisajes cambiaron drásticamente durante las siguientes décadas tanto en la tierra como en el mar (cartografía de abandono a la izquierda). Las orillas de la laguna fueron una pieza más de la expansiva urbanización de la costa española al servicio de la industria inmobiliario-turística. La ampliación de uno de los canales con el Mediterráneo para facilitar la navegación provocó una primera transformación de las relaciones ecosistémicas en la laguna al bajar la salinidad y permitir la entrada de nuevas especies (Pérez-Ruzafa et al., 1991). Entre ellas medusas, que proliferaron exponencialmente convirtiéndose en un elemento central en la gestión de la laguna para las vacaciones turísticas, a medida que proliferaban urbanizaciones de segunda residencia para toda la península.

En paralelo, el Campo de Cartagena también se transformó en poco más de una década en la «huerta de Europa». La construcción del Trasvase Tajo-Segura trajo agua dulce suficiente para regar intensivamente todo el territorio. El paisaje, las prácticas y las tecnologías cambiaron a cultivos de frutales y vegetales en hileras, filas paralelas a favor de la pendiente donde se controlan las necesidades hídricas y nutritivas de cada planta para optimizar la producción. Estos cambios fueron acompañados de nuevos conocimientos, mercados y organizaciones. Aparecieron cooperativas para asesorar a los agricultores y facilitar la salida de productos, empresas de empaquetamiento, transporte y certificación de calidad en la producción (Pedreño Canovas et al., 2022). También se transformó la producción animal, dejando de ser familiar para concentrarse en granjas de cerdo de mayor o menor tamaño, pero en gran expansión numérica, integradas en un sistema vertical en una de las mayores empresas españolas de producción cárnica (Pedreño Canovas et al., 2021).

Estas transformaciones se relatan con entusiasmo. Había innovación, se superaban condiciones percibidas como aridez y pobreza, se creaban mercados y relaciones internacionales con grandes beneficios locales. En treinta años la población aumentó gracias a un fuerte componente de inmigración laboral, principalmente de América Latina y el norte de África, para trabajar en los campos (Ortiz et al., 2021). En paralelo, se cerraban y abandonaban las minas a cielo abierto que salpican la Sierra de Cartagena-La Unión al sur de la comarca, a la vez que se cerraban los últimos astilleros en el 92 en Cartagena en otra historia más de reconversión industrial (López Carrasco, 2020).

² Esta sección está basada en una investigación desarrollada en 2021. Se puede leer la historia completa a partir de Cabello Villarejo y Zuluaga-Guerra (2022).

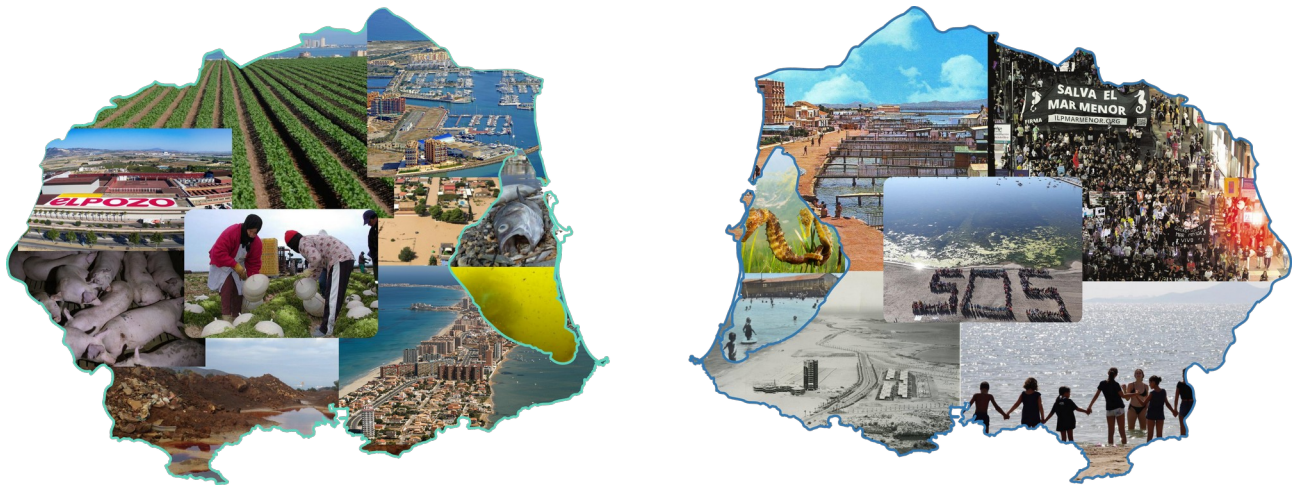


Figura 1 - Cartografías de abandono (izquierda) y de afectos (derecha) en el territorio del Mar Menor

A la par que se cerraban las minas, se intensificaba el turismo y la producción agropecuaria, crecía una oculta y quizás ignorada función económica para toda la cuenca del Campo de Cartagena: la laguna como depósito receptor de un gran caudal de las aguas de riego con alto contenido en abonos químicos, aguas residuales urbanas y lixiviados de minas y granjas animales. Son externalidades eco-socializadas que suponen un gran ahorro a los agentes que las promueven, sean empresas privadas o la administración pública responsable del ciclo del agua.

Hasta 2016, cuando el agua de la laguna repentinamente cambia de color y la historia cambia. La llamada «sopa verde» se produce por sobreacumulación de nutrientes en el agua, un proceso ecológico que se conoce como eutrofización y que se da en muchas aguas del mundo con un fuerte impacto, incluso desaparición, en las especies acuáticas (Le Moal et al., 2019). A partir de ahí comienza una fase de desconcierto social y búsqueda de relato. Un punto singular de no retorno que conmocionó a toda la población, afectando fuertemente al imaginario colectivo. Se conforma un comité científico, se recopilan datos y conocimientos. En dos años el comité se rompe por desacuerdos entre sus miembros. Empiezan las movilizaciones sociales, aparecen como setas una multitud de nuevos colectivos en defensa de la laguna (volvemos a la cartografía de afectos).

En 2019 y 2021 se dan dos eventos de muerte masiva de peces y animales acuáticos que se acumulan en las orillas y acaban visibilizando el Mar Menor a escala internacional como un ecosistema en crisis. Los colectivos sociales aglutinaron fuerzas para recoger firmas por todo el país impulsando una Iniciativa Legislativa Popular para garantizar la personalidad jurídica de la laguna. Es aprobada en el Congreso de los Diputados en abril de 2022 y en el Senado en octubre de ese mismo año. Todos los grupos parlamentarios salvo uno votaron a favor. El Mar Menor y su cuenca agraria se convierten así en el primer ecosistema-sujeto con derechos en Europa. Una paradoja que aún requiere reflexión además de esfuerzos titánicos de implementación.

3. Abandono de territorios, paisajes capitalocénicos

Volvemos ahora a recorrer la historia del Mar Menor tratando la cuestión del abandono en este territorio fuertemente transformado debido a la ordenación y protección de una serie de agentes, relaciones y procesos, y a la desprotección, cuando no invisibilización, explotación o maltrato, de otros. En su trabajo sobre la noción de desaparecido, Gatti (2022) sugiere que el abandono es algo de lo que no se puede dar cuenta porque escapa a nuestros registros sensibles. Es, de facto, invisible, lo que reta nuestras herramientas descriptivas. Como discutimos en la introducción, esa tensión entre lo que es visible, observable, contable y lo que no, marca la diferencia entre las nociones de paisaje y territorio. En este sentido, la idea de *paisaje de abandono* sería casi un oxímoron: si es paisaje lo vemos y si lo vemos no escapa a nuestra capacidad de registrar. En el Mar Menor quizás sea el punto de inflexión entre lo que podríamos llamar un territorio abandonado y un

paisaje de abandono. El paisaje de abandono implica que la condición de *abandonado* se hace ostensible y demanda atención.

Si, como sugieren Gatti y Rubio (2024), el abandono está tomando rasgos de fenómeno estructural, puede apreciarse como la expresión de un mundo en el que no se puede ya obviar la existencia de multitud de entidades descuidadas y desprotegidas. En el caso de los no humanos, los bichos, las plantas, los hongos, las bacterias, sus relaciones, los ecosistemas que conforman, sucede que la mayoría nunca han importado lo suficiente como para pensar en ellos en términos de protección o de protección suficiente. Son bichos, invisibles salvo excepciones: aquellos cuyo valor es traducible a mercancía, o aquellos que movilizan agenciamientos fuertes, afectos y fuerzas, con los humanos y así consiguen visibilidad, relato y a veces protección eficaz.

Cabe un matiz, puede ser que importen pero que no se haya admitido la existencia de conexiones dañinas para estas especies compañeras, y por tanto la necesidad de cuidado y protección. Puede ser porque admitirlo abre un conflicto con las formas de producción dominantes o porque simplemente no podemos conocer esas conexiones hasta que el daño se hace visible, o incluso porque no se quiere aceptar tal responsabilidad después. Descuido y desprotección por omisión, ocultación o negación.

La laguna del Mar Menor es un símbolo de identidad poderoso en la región de Murcia, la mayoría de sus habitantes humanos se ha bañado allí alguna vez cuando no ha veraneado en sus orillas «toda la vida». Sin embargo, no se ha evitado que llegaran nutrientes y contaminantes desde las distintas actividades de la cuenca, no se han oído las voces de alarma y ni siquiera se ha protegido lo suficiente una vez que el daño se hizo manifiesto (Pedreño Cánovas et al., 2022). Se daba una asunción paradójica de que la laguna es ese contenedor acuático infinito que nos acogía en sus aguas cálidas y a la vez nos permitía deshacernos de los desechos. Todo en pack. Gratis. Algo similar ocurre a mayor escala con los océanos o con la atmósfera planetaria.

Anna Tsing (2015:25) redefine el concepto marxista de alienación como la desconexión tanto de humanos como de no humanos de sus entornos vitales para convertirlos en recursos o activos mercantilizables. Una ruptura de los vínculos y relaciones que ayuda a pensar el aislamiento que se ha producido entre la tierra y el mar a escala territorial en el Mar Menor. Mientras la tierra se llenaba de minas, plantaciones y urbanizaciones, todo lo que podía traducirse en valor de mercado fue asimilado en dispositivos productivos de minerales, alimentos y servicios urbano-turísticos. El resto eran desechos, maleza o escoria que quedaba al margen de la ordenación e integración en cadenas de suministro, y de los libros de cuentas.

Caminar por el Campo de Cartagena hoy deja entrever cómo se han ido configurando parcelas del territorio como conjuntos de relaciones socioecológicas profundamente asimétricas. Los campos están ordenados en cuadrículas de hileras o invernaderos en los que la diversidad remanente la aportan las personas recolectoras migrantes que se han ido asentando en el territorio de manera más o menos informal. Los trabajadores movilizados desde otros países son el último eslabón en la cadena de subcontrataciones, sus condiciones laborales no cuentan en las certificaciones de calidad de la producción, como tampoco cuentan las emisiones de fertilizantes al Mar Menor (Pedreño et al., 2022). El resto de formas de vida ha desaparecido. Las urbanizaciones van desde suburbios aislados repartidos por la cuenca hasta las más bien desordenadas filas de altas edificaciones en la Manga. Suelen estar poco habitadas la mayor parte del año, hasta la llegada de la población flotante de turistas en verano. Las minas abandonadas han dejado un paisaje degradado, rojizo, poblado únicamente por las infraestructuras remanentes en proceso de descomposición.

Si bien estas parcelas están aparentemente desconectadas entre sí al integrarse en cadenas de suministros diferentes, comparten una lógica de plantación escalable tal como la discuten Haraway, y Tsing (2019): simplificación ecológica radical, disciplina de cuerpos de plantas, animales y cabría añadir de objetos y materiales, y disciplina de trabajadores para trabajar en condiciones precarias. Las lechugas, los cerdos, los puertos, los apartamentos vacacionales y sus jardines son productos y a la vez coproductores de formas de vida e imaginarios, como el del agricultor orgulloso cuidador de sus hileras o el turista que repite cada verano porque es amante del tipo de navegación en la laguna.

Más aún, comparten un territorio y en último término están conectados a un ecosistema acuático contenedor de los restos de su metabolismo.

La sopa verde y los peces muertos movilizan los afectos por la laguna haciendo que esas conexiones metabólicas hasta entonces invisibles se conviertan en centro de atención. Re-territorializan la laguna en el imaginario colectivo configurando un paisaje muy visible en el que el abandono de lo no humano no puede ya obviarse. Las poblaciones costeras se ven fuertemente afectadas económica y emocionalmente. Dolor, pérdida, nostalgia, rabia, frustración son sentires que se relatan con facilidad, mientras se convive con un cuerpo-ecosistema enfermo en la incertidumbre de si terminará de morir. Es un caso de ruina de la acumulación (Tsing, 2015) que adquiere una dimensión simbólica inquietante para las actividades productivas del territorio, especialmente los pequeños y medianos agentes, por sentirse señalados como responsables de la catástrofe y amenazados en su futuro económico.

Cabe entonces preguntarse ¿Qué ocurre cuando un territorio abandonado se reconfigura en paisaje visible de abandono? Y aquí es cuando el caso del Mar Menor se vuelve aún más singular. La singularidad Mar Menor no puede entenderse sin la existencia de un profundo vínculo afectivo con gran parte de sus pobladores, como tampoco sin la agencia propia de un emergente sujeto más-que-humano capaz de movilizar fuerzas estatales e internacionales y de protagonizar, creemos, una auténtica revolución.

4. Gaia ¿sujeto revolucionario?

Ahora quisiéramos enfocar nuestra atención en este escenario examinando una provocadora hipótesis: considerar a Gaia, incluyendo a los humanos, como «sujeto revolucionario». Por supuesto habrá que discutir las palabras: «sujeto» –¿a qué llamamos subjetividad hoy?, ¿ante qué o quién se es sujeto?–; y «revolución» –¿qué entendemos por revolución?, ¿mejor hablar de «emergencia evolutiva», «cambio de estado», «colapso»...? Si bien este debate desborda el propósito de esta publicación, adelantamos algunas ideas que nos parecen relevantes para pensar lo que está ocurriendo en el Mar Menor a partir de su configuración en paisaje *hipervisible* de abandono ecológico. Atribuir a Gaia la condición de «sujeto revolucionario» tiene un sentido político puesto que implica subvertir las relaciones sociales bajo la hegemonía del capitalismo como modo histórico de ser ecosocial, y a la vez un fuerte sentido existencial puesto que por definición se trata de un sujeto que busca autotransformarse, ser algo distinto.

La modernidad es indisociable de la práctica de un extractivismo compulsivo del medio biofísico que, sin apenas reposición ni reparación de los efectos secundarios, acaba provocando procesos catastróficos que evidencian fallos crecientes en la composición de lo humano y lo no humano. Las interconexiones entre dinámicas atmosféricas, marinas, edafológicas, hidrológicas, ecológicas y el largo etcétera de las humanas, hacen que los cambios de algunos ámbitos perturben a otros, retroalimentando los procesos iniciales de maneras poco previsibles. En el Mar Menor los cambios entrelazados implican a los suelos de la cuenca y del interior de la laguna, a su agua y al viento, a las condiciones climáticas y a las actividades humanas. Se inician a partir de una acumulación hasta un nivel impredecible de distintos nutrientes –compuestos de nitrógeno, fósforo, pero también carbono o potasio– en el agua a partir de la cual se genera un *punto de no retorno*, un conjunto de procesos que se alimentan mutuamente y evolucionan de manera autónoma fuera ya de la capacidad de control humano, finalmente transformando un tipo de ecosistema en otro –otras especies, otras relaciones. El nuevo ecosistema es mucho más sensible a disparadores como avenidas u olas de calor porque ha perdido capacidad de regulación homeostática (Ruiz et al., 2022).

El planeta deviene otra tierra, y otros serán los seres que la poblarán, hasta el punto de ser la ocasión para que se produzcan verdaderas emergencias evolutivas. Gaia irrumpe violentamente, afectando a todos los sistemas humanos, el económico, el político y el cultural. En particular hay una subversión de la dimensión temporal. La desorganización de los procesos que hacen posible el mundo humano tal como lo conocemos, destruye de raíz la previsibilidad de un futuro como prolongación del presente y nos sitúa en un escenario de incertidumbre compartida a escala planetaria (Garcés, 2023).

La traslación de las crisis del medio físico a la subjetividad colectiva suscita tanto el deseo de cambio como el de involución, particularmente de los poderes económico y político. La función económica del Mar Menor como sumidero está siendo retada desde las comunidades que la habitan, las cuales demandan otros vínculos con el resto del territorio. Se ponen en tela de juicio las actividades que descuidan la laguna, como la agricultura o la pesca industrial, y en valor las que la cuidan, como la pesca artesanal. En última instancia se pone en crisis la propia concepción de la laguna como naturaleza externa y externalizable, se internaliza como un sujeto compañero más. A la vez, crece un clima reaccionario entre las poblaciones agrarias del interior, que se expresa en términos de culpabilización y agravio. La precariedad de la laguna y de las actividades que dependen de ella se contraponen a la precariedad de los agricultores, a su vez sujeta a resistencias por parte de toda la cadena de suministro que controla sus opciones de cambio. El conflicto entre el mar y la tierra estalla en una especie de «guerra del penúltimo contra el último» (Fernandez-Savater y García, 2023).

Fácilmente podríamos interpretar la situación como un demoledor ataque a principios constitutivos del orden capitalista y no nos equivocaremos, pero quedarnos en eso nos desorientaría fatalmente. La cuestión va mucho más allá. No podemos simplificar y asimilar la condición revolucionaria de Gaia a una especie de anticapitalismo. Pues si por un lado la rapidez con que se ha instalado en el centro del debate político y sociológico la cuestión del Mar Menor, al igual que la crisis climática – aunque por otro lado demasiado tarde, demasiado reduccionismo, demasiado abandono, demasiada injusticia– conduce a un polarizado debate entre *procrecentistas* y *decrecentistas*, sumamente recargado de intereses partidistas, con la mayoría de la población sin ideas claras, no podemos decir que Gaia sea una cosa o la otra. Como hemos discutido, su comportamiento es inasimilable al juego político humano. Ni siquiera podemos decir que sea un *aliado* de las corrientes *decrecentistas*.

La condición revolucionaria de Gaia tiene sobre todo que ver con el desarrollo de nuevas sensibilidades hacia lo no humano que reaccionan ante el daño y el abandono, se movilizan y lo hipervisibilizan. El Mar Menor es demasiado visible porque hiere la sensibilidad. Nuevas subjetividades que rompen las dicotomías, especialmente la de naturaleza-cultura, provocando la multiplicidad, como se puede comprobar en un análisis más detallado de la proliferación de posicionamientos y relatos en el caso del Mar Menor, que van desde la movilización ciudadana que logró su declaración como sujeto de derecho, hasta el negacionismo extremo, pasando por una miríada de sentires dependiendo de cómo se vincula cada quien con las imágenes de la agonía del Mar Menor. Atraviesa la subjetividad individual y colectiva en tanto que es difícil escapar a ese posicionamiento: no hay manera de no sentirse interpelada por los paisajes de agua verde y peces muertos. Este vínculo nos interroga y nos demanda una autotransformación, un *deseo* de devenir otros para *re-atterrizar* en un lugar difícil de dibujar donde laguna y humanos puedan *co-existir* (Latour, 2017).

El deseo del que hablamos no es de beneficio particular ni para remediar una carencia (Deleuze y Guattari, citados en Fujita Hirose, 2021:16), como sería adaptarnos para que disfrutemos de una calidad de vida similar a la actual, que de todas formas es funcional a las condiciones que nos han traído hasta aquí. El deseo del que hablamos no es de falta. Ese deseo que decimos es de creatividad libre y contagiosa, sin dueño, indeterminada e indeterminista, de encuentro y resonancia abierta con el otro cualquiera. En palabras de Rosi Braidotti (2019), es un deseo radicalmente afirmativo, acabar con lo que, ahora de un modo ostensible, nos hace impotentes.

El trabajo con el Mar Menor y su comarca tampoco es recuperar una supuesta armonía ecológica ni un modo de vida pasado que ahora se nos antoja idílico. Es encontrar y activar potencias de las vidas que, ahora maltrechas y fragmentadas, habitan la laguna, muy probablemente generar un nuevo socio-ecosistema. En ese sentido el Mar Menor podría hacer valer su no humanidad como terreno neutral, pero radicalmente decisivo, por lo que todes nos jugamos, para una especie de pacto social entre las diversas gentes del territorio donde ostenta el principal protagonismo: ocasión para una nueva vida y para el aprendizaje de un nuevo modo de vivir, un *vivir-con* (Haraway, 2019).

5. Crisis y recomposición de saberes

Como esperamos haber argumentado, el Mar Menor es una singularidad notable por la concentración de agudos problemas, pero también por las oportunidades que paradójicamente esos problemas abren. En este contexto, el papel de la comunidad científica requiere también repensarse. Fueron gente de ciencia como Rachel Carson (1962) o el equipo reunido por el Club de Roma (Meadows et al., 1972), quienes primero alertaron sobre las amenazas que con puntualidad ahora se han convertido en terribles realidades. Los cambios que observamos son las consecuencias de las relaciones del modo de vida y del pensamiento occidental desde hace no menos de cinco siglos y que hoy se manifiestan en múltiples formas de violencia y abandono. El saber no puede ser otra cosa que *saber-poder*, como lo entendió Michel Foucault (Rigotti, 2011), es decir una práctica social sin la que no se comprenden los ejercicios de poder contemporáneos. Y a la inversa, la consideración razonada del vínculo del saber con el poder demuele la supuesta neutralidad y no responsabilidad de la ciencia.

En estos momentos de crisis se examina con mucho detalle el contexto social de la producción de conocimiento. Su relación con los poderes, quiénes la hacen y cómo se hace, y con otros modos de conocer, como lo demuestra la recuperación de conocimientos ancestrales o los elaborados en sociedades antes consideradas ignorantes o atrasadas (Miller y Wyborn, 2018). Y más que eso, de lo que podríamos llamar *saberes menores* contemporáneos, protagonizados por personas y colectivos sin formación científica: aficionados autodidactas, artesanos, técnicos de muchos tipos. La tarea que se nos presenta es, primero, no ignorarlos, o peor aún, despreciarlos (Stengers, 2017); segundo, crear un ambiente propicio para estimular su producción; y en tercer lugar, componer creativamente esas aportaciones, divulgarlas y promover su reconocimiento.

Como propuestas de *experimentos colectivos* en el Mar Menor, en la línea del pacto social entre agentes mencionado anteriormente, resumimos dos intervenciones. Una consistió en una investigación participativa en la que reunimos a un grupo de entre ocho y doce personas con conocimientos distintos y posiciones muy confrontadas respecto a lo que le ocurre a la laguna. Les propusimos un grupo de diálogo sobre los temas más conflictivos que fuimos identificando y desplegando con ellos a través de metodologías que involucraban al cuerpo, a objetos y al espacio. En nuestro último encuentro, les retamos a imaginar un territorio futuro que hibridara humanos y no humanos tanto de la tierra como del mar.

La segunda intervención fue aún más experimental y de un solo día. Fue una simulación de una asamblea ciudadana (Ganuza y Mendiherat, 2020) multi-especies en un curso interdisciplinar sobre herramientas para la participación social en el Mar Menor. El formato de asambleas ciudadanas tiene la particularidad de que la selección de participantes se realiza por sorteo siguiendo un muestreo estratificado de la sociedad pertinente al mandato de la asamblea, la cual tiene que producir recomendaciones de política pública. Para simular el sorteo repartimos roles humanos y no humanos a la mitad de los 45 participantes. Asumiendo las limitaciones que tiene este tipo de representatividad antropocéntrica de lo no humano, el ejercicio sirvió para reflexionar precisamente sobre esas dificultades en el nuevo marco de personalidad jurídica de la laguna. También para asomarnos a las dinámicas del conflicto y las tensiones derivadas del mismo, fuertemente encarnadas por los participantes a través de los diferentes roles.

Estas intervenciones han estado influenciadas por el emergente pensamiento post-humano (Braidotti, 2019). Afortunadamente se están dando pasos importantes en formular propuestas que permitan abordar desde la práctica científica el colosal reto de la revolución de Gaia. Para empezar, tenemos nuevos referentes conceptuales que redefinen la relación moderna entre sujeto (investigador) y objeto (investigado), entre otras las nociones de *conocimiento situado* y *especies compañeras*, propuestas por Donna Haraway (1998, 2003), éticamente exigentes y responsables al informarnos de las condiciones objetivas y subjetivas de quien investiga, incluidas inevitablemente en su indagación.

Frente a la relación de *separación* –que podríamos simbolizar con la conjunción disyuntiva «o»– se sitúa la relación de *afecto* –conjunción copulativa «y»–. En numerosos experimentos con animales se

observa una afectación recíproca, dependiendo de la actitud del experimentador, de modo que la investigación deviene en una experiencia en común³. Esto lleva a Vinciane Despret (2017) a decir que la «práctica del conocer se ha convertido en una práctica del cuidar» –y añadimos nosotras: un cuidar mutuo. Desde esta mirada afectiva multi-especies, Anna Tsing (2015) propone observar conjuntos abiertos de formas de vida que tienen su propio ritmo autónomo y a la vez están interrelacionadas y se contaminan unas a otras en esas conexiones. Para afinar las artes de observación de la diversidad contaminada, nos convoca a «escuchar y contar una avalancha de historias» (Tsing, 2015:37).

Ante la pregunta de cómo contar lo que habíamos recogido en el Mar Menor a lo largo de dos años de trabajo de campo, y dada la fragmentación existente, nos planteamos elaborar una serie de relatos que dieran cuenta de la multiplicidad de encuentros y relaciones con la laguna a partir de su mutación verde. Explorando, además, el lenguaje gráfico para ficcionalizarlas, es decir, digerir los relatos personales, recomponerlos y traducirlos visualmente. Ese trabajo implicó la colaboración entre artistas e investigadoras, pero luego fue presentado y discutido en el territorio, constatando un fuerte impacto en las personas locales⁴. Son historias que hablan de vivencias dolorosas –«son tristes, derrotistas», nos comentaban– pero también de esfuerzos dirigidos hacia el cuidado y la protección de los seres más invisibles y dañados en el Mar Menor. La labor de traducción no fue menor, navegando varias crisis de representación, en especial de lo no humano, y de cómo contar la historia de las historias, cómo hilar la diversidad para contar un relato que aportara algo diferente en el contexto dominante de polarización social. Finalmente recurrimos a la idea de *ecotono*⁵ para describir algunos territorios fronterizos donde las dicotomías friccionan (Zuluaga-Guerra et al., 2023).

Si bien se trata de una investigación pequeña y muy experimental, una especie de laboratorio social, tratamos de aportar nuevos planteamientos metodológicos y una práctica científica menos alejada de la sociedad, caminando hacia ecosistemas de saberes donde la mayor riqueza se da en las fronteras comunes, no tratadas como límites sino en su potencia de ecotonos, espacios de intercambio y creatividad. Como está aconteciendo entre las ciencias formales y las humanidades, cumpliéndose la aspiración de aquella *nueva alianza* propugnada por Ilya Prigogine e Isabelle Stengers (1979), ahora ampliada en el contacto con el arte, dos modos diferentes de conocer cuya composición y diálogo tiene una potencia extraordinaria a la hora de dar cuenta de los territorios abandonados y recomponerlos en nuevos paisajes.

Sin duda las mutaciones en Gaia están teniendo su reflejo en el proceder científico. Cuando los protocolos, programas, modelos, se muestran repetidamente impotentes ante situaciones sin precedentes, hay que cambiar de método: aprender sobre la marcha, problematizar nuestra relación con cada caso singular, operar mediante *estrategias* en donde lo importante no es alcanzar un objetivo fijado de antemano, sino el proceso mismo, el aprendizaje y autoaprendizaje en común. Si antes se ha atribuido al comportamiento de ese supuesto sujeto llamado Gaia un carácter revolucionario, ahora podríamos sugerir la hipótesis de una agenda científica que «escucha» a Gaia, lo cual abriría la ocasión de una nueva relación de tipo simbiótico de lo humano con lo no humano, incluido el Mar Menor.

Reconocimientos

El desarrollo de este texto ha recibido financiación del Ministerio de Ciencia e Innovación de España a través del programa Ramón y Cajal (RYC2021-031626-I); el programa María de Maeztu de acreditación de excelencia 2023-2027 (CEX2021-001201-M); y del Gobierno Vasco a través del programa BERC 2022-2025. Además se apoya en los resultados del proyecto Shared Dialogues financiado por la Universidad de Leeds a través del UKRI Research England - Participatory Research.

³ Por ejemplo, el comentario «un humano-con-una-oca» (en Despret, 2008, comentando el trabajo de Konrad Lorentz, 1928).

⁴ Esta investigación forma parte del proyecto Shared Dialogues cuyos resultados pueden verse y descargarse en <https://www.shreddialogues.org/es/ux-portfolio/los-relatos/>

⁵ Son las zonas de transición o solapamiento entre ecosistemas.

Referencias

- Braidotti, R. (2019), *El conocimiento post-humano*, Polity Press Ltd, Cambridge.
- Carson, R. (1962), *Primavera silenciosa*, Luis de Caralt, Barcelona.
- Deleuze, G., Guattari, F. (1994), *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia.
- Despret, V. (2008), «El cuerpo de nuestros desvelos. Figuras de la antro-po-zoo-génesis». En Sánchez- Criado, T., ed., *Tecnogénesis. La construcción técnica de las ecologías humanas*, Universitat Oberta de Catalunya (UOC), Barcelona, pp. 229-261.
- Fernandez-Savater, A., y García, E. (2023). *La zona gris de la democracia: hacia una política de la impureza*, Ctxt, 16 de julio.
- Farinelli, F. (2013), «Frederich Ratzel y la naturaleza (política) de la geografía». En Lladó, B. *Del mapa al laberinto*, Icaria, Barcelona.
- Fujita Hirose, J. (2021), *¿Cómo imponer un límite absoluto al capitalismo?*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- Ganuza, E., Mendiàharat, A. (2020), *La democracia es posible. Sorteo cívico y deliberación para rescatar el poder de la ciudadanía*, Consonni, Bilbao.
- Garcés, M. (2023), «Colapso y promesa», *Pensamiento al margen. Revista Digital de Ideas Políticas*, 18, pp. 51-64.
- Gatti, G. (2022), *Desaparecidos. Cartografías del abandono*, Turner, Madrid.
- Gatti, G., I. Rubio (eds.) (2024), *Paisajes de abandono*, Bellaterra, Barcelona.
- González-Ruibal, A. (2024), «Espacios del deshacer, geografías del abandono», en G. Gatti e I. Rubio, eds. *Paisajes de abandono*, Bellaterra, Barcelona.
- Haraway, D. (1988), «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective», *Feminist Studies* 14(3): 575-99.
- (2003), *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness*, Prickly Paradigm Press, Chicago.
- (2019), *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chtuluceno*, Consonni, Bilbao.
- Mitman, G. (entrevistador). (2019), *Reflections on the plantationocene: A conversation with Donna Haraway and Anna Tsing*, Edge effects, 18, <https://edgeeffects.net/haraway-tsing-plantationocene/> .
- Latour, B. (2001), *¿Qué protocolo requieren los nuevos experimentos colectivos?* Conferencia en Darmsdadt (Alemania).
- (2017), *Facing Gaia: Eight Lectures on the New Climatic Regime*, Polity Press, Cambridge.
- Le Moal, M., C. Gascuel-Odoux, A. Ménesguen, Y. Souchon, C. Étrillard, A. Levain, F. Moatar, A. Pannard, et al. (2019), «Eutrophication: A new wine in an old bottle?», *Science of the Total Environment*- 651, pp.1-11.
- León, V. M., Bellido-Millán, J. M. (2016), *Mar Menor: una laguna singular y sensible. Evaluación científica de su estado*, Instituto Español de Oceanografía, Madrid.

- López Carrasco. L. (2020). «El año del descubrimiento». Documental.
- Meadows, D.H., Meadows, D.L., Randers, J, Behrens, W. (1972), *Los límites del crecimiento*, El Club de Roma.
- Miller, C. A., Wyborn C. (2018), «Co-Production in Global Sustainability: Histories and Theories», *Environmental Science & Policy*, 113, pp. 88-95.
- Moore, J. W. (2020), *El capitalismo en la trama de la vida*, Traficantes de sueños, Madrid.
- Ortiz, G., Aledo, A., Aznar-Crespo, P., Mañas-Navarro, J.J. (2022), Una aproximación a los efectos sociales de la agricultura de regadío, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 93.
- Pedreño Cánovas, A., Giménez Casaldueiro, M., Ramírez Melgarejo, A.J. (2021), «Cerdos, acumulación y producción de naturaleza barata», *Relaciones Internacionales* (47), pp. 143-62.
- Pedreño Cánovas, A., de Castro Pericacho, C., Sanchez García, M.A. (2022), «Producir la naturaleza: agricultura intensiva, estándares de calidad y controversias ambientales en el Mar Menor», en *La producción de la calidad en el sector agroalimentario: un análisis sociológico*, pp. 17-78.
- Pérez-Ruzafa, A., Marcos-Diego, C., Ros., D. (1991), «Environmental and biological changes related to recent human activities in the Mar Menor (SE of Spain)», *Marine Pollution Bulletin* 23, pp. 747–751.
- Prigogine, I., Stengers, I. (1979), *La Nueva Alianza*. Alianza Editorial, Madrid.
- Rigotti, Sebastian (2011), *La relación saber-poder: un debate pendiente, tres órdenes de problemas*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, en <https://cdsa.aacademica.org/000-034/397.pdf>
- Ruiz, J.M., Clemente Navarro, P., García Muñoz R. (2022), *Síntesis de resultados preliminares del muestreo de junio 2022 del Programa de Seguimiento del estado ecológico del Mar Menor*, Centro Oceanográfico de Murcia, IEO-CSIC, 3 pp.
- Serrano, E. (2006), *Territorios y Capitalismo*, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad de Granada, en http://citywiki.ugr.es/wiki/Territorios_y_Capitalismo.
- Stengers, I. (2019), *En tiempos de catástrofes, ¿cómo resistir a la barbarie que viene?* Ned Ediciones, Barcelona.
- Tsing, A.L. (2015), *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey.
- Cabello Villarejo, V., Zuluaga-Guerra, P., 2022. «Un relato colectivo del Mar Menor y el Campo de Cartagena: miramos al pasado para entender lo que vivimos hoy». *The Conversation*.
- Zuluaga-Guerra, P., Cabello Villarejo, V., Novo, P., Brugnach, M., Mancilla-García, M., Urrutia Asua, J. (2023), *Ecotono(s): Diálogos compartidos*. ISBN 978-1-7395072-1-3.